

dades que estremecian á la naturaleza, pretendiendo vengarla. La justicia y la cólera se juntaron para inspirarle la afición á las crueldades que han hecho terrible su nombre entre los otomanos.

Andrónico, primer instigador del crimen y seductor de Saudji, fué entregado por Amurat á su padre para que ejecutase él mismo la venganza que los dos soberanos habian jurado contra sus hijos. Por agradar al sultan, el emperador mandó echar aceite hirviendo en los ojos de su hijo. Sin embargo, la indulgencia paternal no llevó el suplicio hasta la ceguedad completa del culpable. Aun le quedó á Andrónico, un resto de vista, pero fué privado de los derechos que tenia al trono, por haber querido anticipar su reinado con un crimen.

## XXI

Saudji habia parecido tanto mas imperdonable á Amurat, cuanto que su crimen habia sido larga y odiosamente premeditado. Siniestras sospechas abrigaba el alma del sultan contre este jóven, muchos años hacia. La coleccion de Feridun contiene una

correspondencia auténtica entre Amurat y su hijo predilecto, que fué mas tarde el sultan Bajazet, correspondencia en que traspiran de antemano los recelos de un padre y de un soberano que teme á su heredero. « Te anuncio, dice en su carta Amurat á « Bajazet, á quien habia dejado de observacion en « Brusa, te anuncio que en la primavera tendrémos « una guerra imponente con la Hungría, guerra « cuyo principio es de esperar que será favorable á « los creyentes, y cuyo fin dependerá de los decretos « de Dios. Cuando recibas esta carta, reunirás y ar- « marás todas las tropas. Pero tén al mismo tiempo « los ojos abiertos sobre la conducta de tu hermano « Yacub, que reside en Karasi, y sobre la de mi hijo « Saudji, comandante de Brusa, cuya vida proteja « Dios! Ejecuta mis órdenes fielmente y dáme in- « formes exactos de todo lo que ocurra. »

Se ve que Bajazet era el único que poseia la confianza de su padre. Bien por indicios que tuviera de la rebelion de Saudji, ó por rivalidad sorda que existiese entre los dos hermanos: « Yacub, respondió « Bajazet á su padre, cumple sus deberes y gobierna « equitativamente su provincia. ( ¡ Que Dios lo colme « de beneficios! ) Respecto de Saudji, hallarás en la « misma bolsa que contiene esta carta, otra original « del justiciero mayor de Brusa que le concierne. A



« tu justicia toca ahora comunicarme nuevas órdenes. Yo soy tu esclavo, el pobre Bayezid. »

## XXII

Manuel, que como se ha visto, habia sido asociado al imperio por Juan Paleólogo, se estremecía viendo el ascendiente que Amurat ejercia en el seno mismo de la familia del emperador en Constantinopla. Él se atrevió á atacar al sultan en la ciudad de Seres, una de sus conquistas. Khairaddin-Bajá, gran visir de Amurat, desde que murió Lalachahin, marchó contra Manuel, lo venció y lo persiguió hasta Salónica, se apoderó de la ciudad y desconcertó todos sus planes.

Manuel no se atrevió á volver á Constantinopla, temiendo ser entregado á Amurat por el emperador, su padre y su colega, y huyó en una barca á Lesbos, ciudad de la isla de Mitylene, poseida en aquella sazón por los genoveses. Estos, demasiado políticos y traficantes para ser generosos, le negaron este último refugio. Manuel osó apelar á la generosidad de Amurat, viéndose en trance tan extremo. Dióse á la vela

hacia el monte Olimpo, y se presentó suplicante en las tierras del sultan.

Amurat no abusó del infortunio de su enemigo. Montó á caballo, y salió con toda la pompa soberana á recibir á otro soberano. Manuel se apeó del caballo al ver al sultan, se prosternó en tierra, é imploró su perdón por lo que llamaba él su crimen de lesamajestad. Amurat lo acogió con magnanimidad, y lo envió con una escolta á Constantinopla, rogando al emperador en una carta autógrafa que perdonara un hijo temerario, pero no rebelde.

De esta suerte el caudillo de una tribu del Oxus reinaba ya por sus armas en Asia sobre súbditos y vasallos innumerables; en Europa por su ascendiente sobre la familia de los emperadores.

## XXIII

La muerte lo privó pronto de su segundo visir, Khairaddin-Bajá, vencedor de Salónica. Amurat se complacia en conversar acerca de la guerra y de la política con este consejero, lleno de experiencia. En Chalcondylo, historiador bizantino de aquella época,



se encuentra una conversacion entre el sultan y su visir que prueba la familiaridad del uno y la ruda franqueza del otro.

« Sultan Murad, preguntó un dia Khairaddin á su señor, al partir para la campaña de Salónica, « ¿ cómo se debe hacer la guerra para vencer siempre y conservarte el imperio ?

« Es menester, le respondió este, aprovechar las ocasiones que Dios ofrece, y afianzar la adhesion de los soldados que combaten por la fé.

« Bien, repuso el visir, ¿ pero cómo se aprovechan las ocasiones ?

« Se aprovechan, dijo el sultan, calculando rápidamente los peligros ó las ventajas que presentan.

« ¡ Ah! sultan Murad, replicó el visir riendo, veo en verdad que la naturaleza te ha dotado de una rara sabiduría; pero tú olvidas que la ocasion huye y que no puede hacérsela parar para calcular los peligros que ofrece con las ventajas que pueden alcanzarse. Agrega pues á tus consejos la celeridad. « Un gran general debe deliberar con mucha prudencia ántes de la accion, obrar con la rapidez del rayo; ¡ y para conquistar el afecto y la confianza de sus tropas, descargar él mismo buenos mandobles á la vista y á la cabeza de su ejército! »

## XXIV

Amurat dió el título de gran visir al hijo de Khairaddin, cuando este murió, en recompensa de los servicios de su padre. Creyó que los consejos y el ejemplo de este hombre suplirian la inexperiencia del adolescente.

La vejez del sultan, la juventud del visir, las sangrientas disensiones de la familia de Amurat, atestiguadas por el suplicio de Saudji, su heredero natural, por fin, las tentativas de Manuel para reconquistar la Tracia, le parecieron al emir de Caramania, que miraba con celos á Amurat, circunstancias favorables para sacudir el yugo de los otomanos. Estos emires de la casa de los Caramanes, ilustres entre los príncipes turcos que habian inundado la Cilicia y dado su nombre á este país, habian tomado el título de Bedreddin, ó *plenilunio de la fé*. Alaeddin reinaba entónces sobre las hordas turcomanas. Para asegurar su fidelidad, Amurat le habia dado para esposa á una de sus hijas. La ambicion rompió esta alianza de familia. Alaeddin, despues de haber coligado



contra el sultan á todas las tribus turcomanas esparcidas en la Cilicia y la Capadocia, llamada ahora la Caramania, las hizo avanzar en masas inmensas hácia Iconium, primera capital de los Turcos seldjukidas.

Amurat y Ali su jóven visir, bajan del monte Olimpo á la cabeza de las primeras tropas que pueden reunir. Envian á Timurtasch, generalísimo del ejército de Europa, órden de repasar con todo el ejército las fronteras de Asia, y de venir á marchas forzadas hácia Iconium. Timurtasch llega casi tan pronto como Amurat á la llanura de Iconium. El emir de Caramania cubria mas de la mitad de ella con sus numerosos escuadrones. Amurat rejuveneció al aspecto de aquellos enemigos, dignos de él. Pasó revista de sus vencedores de Europa: su experiencia le inspira confianza contra el excesivo número de los contrarios. Él mismo arregla el órden de batalla, supliendo así la falta de práctica de su jóven visir. Encomienda el ala derecha á su hijo Yacub, el de la izquierda á su segundo hijo Bajazet, coloca detrás de ellos la reserva sólida é irresistible del ejército de Europa al mando de Timurtasch, ocupando él mismo el centro con su numerosa caballería y sus invencibles genizaros para sostener lo mas recio del combate. Alaeddin, á caballo en frente de

él, y á la cabeza tambien de sus mas escogidos ginetes, lo provocaba con sus flechas y con sus evoluciones entre los dos campamentos.

Al son de los timbales y de los cuernos de buey, los caramanios del ala derecha de Alaeddin se lanzan los primeros contra el flanco izquierdo de Amurat, mandado por Bajazet.

Este, ántes de empeñar á sus turcos en la pelea, se va adonde estaba su padre, se apea, se arroja á los piés del caballo del sultan y le pide respetuosamente permiso para vencer ó morir por su estirpe y por su raza. El sultan levanta á su hijo y manda cargar. Bajazet, seguido por Timurtasch, corta alejército de los turcomanos y lo dispersa. El resto del ejército de Amurat no tiene mas que hacer sino envolver y guardar prisioneros los escuadrones vencidos por Bajazet y Timurtasch. La llanura, despejada ó cubierta de cadáveres en un instante, deja la ciudad de Iconium sin mas defensa que la de sus fortificaciones. Amurat que guarda un trono para recompensar á su hijo, nombra á Timurtasch bajá de tres colas en el campo de batalla, triple condecoracion de una dignidad que no habia sido concedida hasta entonces á ningun otomano.

Iconium, sitiada, doce dias hacia, iba á ceder á los asaltos de los otomanos; la puerta se abre, una



procesion sale por ella, alli viene la hija de Amurat, la esposa de Alaeddin, acompañada por sus hijos, á implorar de su padre el perdon de su marido. Enternecido Amurat por las lágrimas de su hija, no exige otra reparacion, sino que Alaeddin le bese la mano como signo de vasallaje delante de la puerta de Koniah.

Alaeddin cumplió esta humillante ceremonia por salvar á su familia y sus Estados del hierro y del fuego de los otomanos. La política discreta de Amurat inspiró mas confianza á sus sucesores en el perdon que en la venganza. No cuidó de subyugar los emires de poca importancia que Alaeddin había arrastrado á la rebelion. « Un leon, dijo, no lucha con liebres. » Seguro de la obediencia, restablecida apenas se supo su victoria, volvió lentamente á Brusa con los dos ejércitos, cubiertos de gloria y cargados de botin.

## XXV

Pero la ausencia de Timurtasch y de sus tropas habia reanimado á las poblaciones de la Servia, de la

Bulgaria, poco adheridas al yugo de los otomanos despues de la batalla de Sofia. Lázaro, kral de Servia, y Sisman, kral de los Búlgaros, se habian aliado nuevamente contra los conquistadores de su país, y habian dado muerte á veinte mil turcos que habia dejado Timurtasch de guarnicion para sujetar á los montañeses.

Al saber esta noticia, Amurat llama á las armas á todos los otomanos de Asia y de Europa. Su victoria sobre los caramanios hace que acudan á su voz todos los emires de la Cilicia y de la Capadocia, que aprovechan esta coyuntura para alcanzar el perdon con tal demostracion de zelo. Dos ejércitos se forman bajo los muros de Brusa, el uno para el Asia, el otro para Europa. Amurat se prepara á llevar el de Europa contra los coligados del Danubio. Pero ántes quiere echar los cimientos de una paz duradera con el imperio griego, su aliado desde entónces, casándose con una princesa de la casa imperial, y haciendo que sus dos hijos, Bajazet y Yacub tomen por esposas á otras dos princesas de la misma casa. Estas tras bodas se celebran en Ienischyr, primera capital de su dinastía, como para asombrar el techo rústico de sus mayores con el triunfo y el lujo de sus descendientes. Las fiestas participaron de la sencillez de los otomanos y de la magnificencia de los



griegos. Nada sorprendia ya á los cristianos, cuyas costumbres se alternaban con el contacto de las de sus conquistadores. Concluidas estas fiestas, Amurat, sus hijos, su gran visir Ali-Bajá vuelven á Europa con cuarenta mil soldados. Cansado de guerra, y de gloria, y agobiado por los años, Timurtasch se queda en Brusa para guardar el trono y vigilar el Asia. Ali-Bajá va el primero con la vanguardia hácia la Bulgaria.

La naturaleza parece que ha fortificado esta provincia alpestre, que fué en otro tiempo la antigua Mysia, por un lado con la extendida corriente del Danubio, por el otro con los baluartes continuos del Balkan ó Rhodope. Solo ha dejado ocho puertas estrechas ú ocho brechas en la muralla del Balkan para penetrar desde la Tracia en la Bulgaria. A la salida de estos ocho desfiladeros del valle del Danubio al Norte, los romanos, los griegos, los búlgaros, los serbios, los otomanos en fin han edificado siete ciudades fuertes que cierran estas gargantas tanto por la parte que mira á la Germania como por la que mira á Constantinopla, Widdin, Silistria, Rutschuk, Nicópolis, Sistow, Nissa, Sofia, la Puerta de Hierro. De distancia en distancia, las montañas se ensanchan y dejan lugar á cuencas y llanuras. Los antiguos cantaban mas que describian estos oasis de pastores y labradores.

« Las llanuras que se extienden entre estas montañas, dice el mas exacto de estos geógrafos bizantinos, están cubiertas con una verde alfombra que deleita la vista; las sombras de los bosques protegen al viajero que cruza las colinas; pero en el medio del día, cuando los rayos ardientes del sol hacen hervir las entrañas de la tierra, un calor sofocante ahoga la respiracion. Estas cuevas abundan en manantiales cuyas aguas límpidas no dan al que apaga su sed en ellas, ni por su frialdad, ni por su insalubridad. Algunos pájaros, parados en las ramas mas flexibles de los árboles, regocijan con sus cánticos melodiosos al viajero cansado de caminar. La yedra, el mirto, los tristes tejos de odorífero aliento embriagan los sentidos con su dulce aroma, como si quisieran refrigerar con sus sanas exhalaciones los miembros del pasajero que cruza las gargantas de la montaña. »

Lo que Teofilacto describia así en su tiempo, lo hemos admirado nosotros y descrito recorriendo las cúspides y los llanos de la Bulgaria. La Servia, que confina por el Norte con esta provincia, ofrece un carácter análogo, aunque mas severo y mas sombrío todavía que el de esta provincia. Los búlgaros eran pastores, guerreros y labradores juntamente; los serbios no eran aun mas que pastores y leñadores. Aun-



que el suelo, apartándose del pié del Balkan para formar la madre del Sava y del Danubio, sea ménos montuoso en la Servia que en la Bulgaria, los servios lo han dejado mas cubierto de vegetacion que los búlgaros. Fuera instinto natural que les hiciese respetar los bosques propicios á los manantiales, fuera prudencia que les aconsejase conservar sus encinos como asilos y fortalezas, el hacha aclaraba allí raras veces la superficie de la tierra. Durante largas jornadas, el viajero marcha á la sombra de espesos abrigos de encinos, cuyas profundidades no conocen mas que las fieras. Parece que se recorre, bajo un cielo, únicamente mas azulado y tibio, las selvas vírgenes del nuevo mundo. Los árboles rodeados de lianas y yedra no caen sino bajo el peso de los siglos; las ramas secas preferidas por las cornejas y las aves de presa se mezclan en las copas de los encinos con los tallos verdes de las nuevas generaciones del suelo. Cuando se baja á las gargantas por donde serpentean algunos riachuelos de negras aguas, donde se pudren las hojas muertas, el caminante se encuentra sumergido en una sombra húmeda que no permite ver el cielo. Al subir á las colinas y tender la mirada sobre el horizonte que se ofrece á la vista, se cree ver lo que los otomanos del monte Olimpo llamaban el mar de hojas, es decir, un vasto océano de verdes

olas que ondean y murmuran como el mar al menor soplo del viento.

## XXVI

De estos recónditos y tenebrosos lugares se sale por algunos senderos raros y estrechos. Por ellos desembocan, causando sorpresa, crecidos rebaños de bueyes y terneras guiados por pastores vestidos con pieles de carneros negros; partidas de leñadores con el hacha al hombro, ó alegres grupos de campesinas que llevan cantando á las hacinas el heno segado en los prados; el color de la salud tiñe sus mejillas, la tranquilidad y la franqueza brillan en sus ojos y en sus labios. Causa la ilusion de una Helvecia meridional, en donde la sencillez de costumbres, el candor de las almas y la libertad, hija y defensora de las montañas, conservan un manantial abundante y puro de la especie humana, como conservan los bosques la pureza y la abundancia de las aguas en el origen de los rios.

De trecho en trecho, la selva se aclara y deja apercebir un vallecillo de poca extension donde humean



los tejados de paja de un pueblecillo. Algunos huertos con ciruelos, manzanos y cerezos florecen ó fructifican en torno del grupo de cabañas. La tierra ostenta galana sus doradas espigas ó verdes prados; senderos abiertos por las carretas irradian en diversas direcciones para poner en comunicacion los dispersos hogares á través de los eternos bosques.

Ciudades, aun mas raras y mas semejantes á mercados de animales que á ciudades fijas, ofrecen sus hospederías á comerciantes y viajeros. Tales son los sitios y tales son los habitantes de la Bulgaria y de la Servia, razas poco numerosas para conquistar, demasiado idómitas y patrióticas para ser conquistadas por largo tiempo. Estos pueblos, semi salvajes aunque dulces, parece que han sido formados por la naturaleza para confederaciones dóciles, pero independientes, como las helvéticas, para seguir las vicisitudes de los grandes imperios que las rodean, ya romanos, ya germanos, ya griegos, ya mahometanos, pero conservando siempre su carácter, su juventud y robustez cuando estos grandes imperios perecen de corrupcion ó de vejez.

## XXVII

Ali-Bajá, este visir, hijo y sucesor de Khairaddin, se adelantó, sin aguardar al ejército del sultan, su señor, para abrirle la brecha principal del Balkan sobre la Bulgaria, por el desfiladero de Nadir-Derbend. El kral de los búlgaros, Sisman, retrocedió ante él y se encerró en Nicópolis, la plaza mas fuerte que poseia hácia el Danubio. Las llanuras, sin otro horizonte que ellas mismas, extendiéndose desde el Danubio hácia la Hungria, aparecieron por la primera vez á los otomanos, que debian ir un dia hasta la capital del Austria. Sisman, que no aguardaba la vuelta tan pronta y tan formidable de Amurat desde el fondo del Asia, evitó el asalto de Nicópolis con una capitulacion. Abandonó la liga formada entre él, los servios, los valacos, y los húngaros, y se resignó al tributo, sello de la conquista de los otomanos. Con esta condicion le dejó Ali la corona de los búlgaros. Esta sumision era mas provechosa al sultan que la victoria.

Tranquilo Ali por este lado, marchó por su iz-



quierda hácia el nudo de las altas montañas por donde confinan con la Albania los servios y los bosniacos. Sus tropas cogieron multitud de prisioneros que convirtió en esclavos para vendérselos á Sisman. Pero apenas habia refluído con su ejército hácia los Balkanes, Sisman volvió á empuñar las armas y reconquistó su independencía siguiendo las huellas de los turcos. Allí retrocedió otra vez á Sisman, lo hizo prisionero, con toda su familia, y lo envió cargado de cadenas á Amurat para que dispusiera de su suerte.

Acampado el sultan en aquella sazón en las inmediaciones de Filipópolis, perdonó la vida al kral de los bulgaros, y le señaló una renta digna de su alto rango; pero resolvió gobernar él mismo la Bulgaria. Todas las plazas fuertes que abrian ó cerraban el valle del Danubio y los elevados desfiladeros del Balkan recibieron sus guarniciones y sus gobernadores.

### XXVIII

El kral de los servios, el heróico Lázaro, fuerte con la liga jurada entre su pueblo, los bosniacos, los

húngaros y los albaneses, se retiró, como para cobrar mas aliento, á las escarpadas montañas de la Albania. Pronto bajó de ellas con un ejército aliado, superior en número al de los turcos. Ochenta mil hombres de todas aquellas razas belicosas de las montañas y de las dos márgenes del alto Danubio se desplegaron por los llanos de la Servia. Amurat, provocado por aquella nube de patriotas, que no tenían de comun con los griegos mas que la lengua y la religion, mandó mensajeros á todos sus veteranos de Asia. Sus dos hijos, Yacub y Bajazet acudieron con numerosos soldados. El mismo anciano Evrenos, tráfuga bizantino que volvia de la peregrinacion de la Meca, quiso morir como mártir de la nueva fé, que tan valientemente habia defendido. La reputacion y los consejos de este compañero de armas de Othman valian como un ejército al sultan. No se dignó aguardar á los coligados en los llanos de Sofía, cuyo acceso era tan fácil. Dirigióse con todos sus refuerzos al desfiladero de Sulu-Derbend, en el que se abrigan sus enemigos y lo desafiaban. Al llegar á la cuenca de Ghiustendil, en donde parecia que la leche y la miel corrian de las montañas del Hemus para sus tropas, el sultan se paró para consultar á sus generales. Evrenos aconsejó la audacia y dió el primero el ejemplo. Seguido solamente por cincuenta intré-



pidos ginetes, salió por la noche de Ghiustendil para ir á reconocer al enemigo. No halló más que la soledad. Los servios, los húngaros y sus confederados se habian replegado detrás del Morava, en los confines de la Servia y de la Bosnia, situacion que les ofrecia juntamente una llanura para pelear, el abrigo de un rio, y la retirada á los montes. Evrenos estimuló al sultan á que afrontara estas tres ventajas con la confianza de la victoria.

Amurat le confió la vanguardia de los otomanos; el gran visir Alí mandaba el primer cuerpo del ejército; Bajazet, general de experiencia en aquel tiempo guiaba el segundo; Yacub conducia el tercero; Ainebeg y Saridje-Bajá tenian el mando de otros dos cuerpos; Amurat habia reservado para sí el centro, en el que se hallaban sus mas intrépidos genízaros.

## XXIX

Estos seis cuerpos reunidos no igualaban en número al ejército de los confederados, en el que, á la voz de la religion, de la independenciam y de la patria,

los húngaros, los albaneses, los epirotas, los bosnacos, los servios, con sus reyes, sus kral y sus caudillos mas famosos habian bajado para poner un dique al torrente asiático que invadia la Europa, y obligarlo á retroceder. La situacion de su campamento, escogida por ellos y fortificada por la naturaleza, se agregaba á la superioridad del número y de las armas. Véase su infanteria y su caballeria formada bajo sus innumerables estandartes, en los últimos parapetos de las elevadas montañas que rodean por el Occidente como los llanos de un vasto circo semicircular, la llanura de Cossova.

Larga esta de diez mil pasos, ancha de cinco mil, ofrecia con escasez espacio suficiente á las evoluciones de esta multitud, si descendia al encuentro de los turcos. El sol naciente, que reverberaba en los flancos de los montes de la Albania, y que resplandecia sobre las corazas, los cascos y las lanzas de los húngaros, exponia á la vista de Amurat y de sus tropas los numerosos y ricos pueblos de Servia y de Bosnia, en los que, mujeres, niños y ancianos aguardaban el buen éxito de la pelea, orando de rodillas sobre las colinas, confiadas en el valor de sus guerreros.

Aquella presa viva animaba á los otomanos. Aquellas montañas ricas en pastos, bosques, huer-



tas, ganados, tierras cultivadas y poblacion, les traian á la memoria los valles del Taurus ó del Tmolus que habian atravesado dejando en ellos sus tiendas. Pero la idea de subyugar aquellas últimas mesetas de la Europa occidental, y de levantar sus mezquitas y alminares en el sitio que ocupaban las basílicas y los campanarios de los enemigos, encendia mas sus pechos que el afan de conquistar nuevos territorios. Para ellos toda guerra era santa. Miraban aquellos montañeses de Servia y Albania como á idólatras que adoraban imágenes y estatuas, y á los cuales querian imponer con la punta de su espada el culto del Dios único é invisible. No habia solo frente por frente dos razas, habia tambien dos cultos contrarios en aquellos campamentos de la llanura de Cossova.

El rio separaba todavía á los combatientes.

Amurat, segun la máxima que habia inculcado á Khairaddin, su prudente visir, detuvo su ejército, ántes de lanzarlo á la llanura, para deliberar sobre el orden de batalla. Sus hijos y sus generales se sentaron al pié de un plátano junto á él, contando con la vista los enemigos, combinando las maniobras, distribuyendo el terreno y los puestos para la batalla, exponiendo en presencia del sultan los medios propios para aterrar y descomponer las masas cris-

tianas. A falta de artillería para romperlas, Ainebeg y Saridje-Bajá propusieron poner en primera fila delante del ejército otomano, los seis mil camellos de Asia, que traian las tiendas, los víveres y los equipajes de sus divisiones, á fin de que estos animales recibieran los tiros del enemigo, y se asombraran y pusieran espanto en el ánimo de los cristianos, no acostumbrados á semejante espectáculo con su aspecto y sus quejidos. Esta opinion prevalecia cuando el fogoso Bajazet, mas caballeresco aun que príncipe, la contradijo con el desden de un héroe.

«¿Han temido jamás los hijos de Othman, ex-  
« clamó, mirar cara á cara al enemigo? Han con-  
« quistado el Asia contra multitudes provistas de  
« todas las armas y de todos los instrumentos de  
« guerra peleando detrás de elefantes ó de camellos,  
« escondiéndose detrás de los equipajes como las  
« mujeres? ¿Son por ventura tales artificios dignos  
« de la santa causa que nos lleva al combate? ¿No es  
« mostrar cobardía, en el momento en que solo  
« puede salvarnos el valor y el heroismo? ¿No es  
« dudar de Dios en presencia de sus profanadores?  
« ¿No es nuestra confianza en él nuestro baluarte  
« principal y nuestra fuerza? La victoria es de aquel  
« que se cree vencedor, no del que teme ser ven-  
« cido.»



El visir Ali-Bajá apoyó á Bajazet, refiriendo en el consejo un oráculo, que habia recibido, durante la noche, del libro que encierra lo pasado, lo presente y lo futuro.

« En mi ansiedad, he abierto el Coran, dijo el jóven visir; lo he abierto al acaso, y mis ojos se han fijado en este versículo: *¡O profeta! ¡pelea contra los infieles y los idólatras!* Esta era una orden para que no se contaran los enemigos, sino para atacarlos donde los encontráramos. He abierto el libro por otra parte, y he leído este otro versículo: *¿qué temes tú? ¡Muchas veces un ejército innumerable es vencido por un puñado de intrépidos guerreros!* »

Este oráculo de la casualidad, familiar entre los musulmanes, como lo era entre los cristianos que buscaban su salvacion en el Evangelio, conmovió al sultan. El anciano Timurtasch acabó de convencerlo demostrando el peligro que aquellos animales irritados podian hacer correr á los otomanos si llegaban á desbandarse con el dolor de los dardos que recibieran, á volverse contra el ejército, á romper las líneas de la infantería y la formacion de la caballería, y á dar de aquel modo la señal y el aspecto de una derrota. El dia se pasó deliberando, en tanto que las tropas preparaban sus armas y tomaban posiciones para el dia siguiente.

Al ponerse el sol, un viento fuerte de Occidente, que llevaba torbellinos de polvo al rostro de los turcos, inquietó al sultan. Temió que sus soldados y sus caballos cegaran durante la batalla. Pasó una parte de la noche en oracion, dentro de su tienda, convencido de que del próximo dia iba á depender la conquista ó la pérdida de Europa para sus descendientes. Pidió con fervor al cielo la muerte en la batalla, vencedor y mártir de su fé.

« Bastante gloria he alcanzado en la tierra, dijo, « no me queda otra cosa que desear sino la felicidad « eterna de los elegidos que mueren por la causa del « profeta; que ella sea el premio de mi sangre. » Después de la oracion se quedó dormido. Al despertarse, vió que una lluvia nocturna habia acallado el viento; el sol heria á través de una bruma trasparente, las blancas paredes de los pueblecillos cristianos, situados en las faldas de los montes de la Albania.

## XXX

Lázaro, kral de los servios; Twarko, rey de los bosniacos, y Juan Castriot, caudillo de los albaneses,